

ci Laso, *el poeta*, nieto del señor de Batres y criado en este mismo pueblo.

No son ménos notables los *Claros Varones* de Pulgar; mas ya se nota en ellos el ingenio cáustico y mordaz del célebre autor de las coplas de *Mingo Revulgo*.

CAPÍTULO VII.

SIGLO XVI Y SIGUIENTES, HASTA EL ACTUAL.

Si hubiera de entenderse en un sentido libre el objeto de este «Ensayo sobre los apellidos castellanos desde el siglo X hasta nuestra edad,» bien viniera decir aquí que ya estamos en ella, si no por la comunidad de caracteres, por la escasez del tiempo que desgracias y necesidades imprescindibles dejan á la pluma para terminar su tarea. Por tanto, dejará en manos más poderosas desenredar, si esto fuese posible, el nudo Gordiano de la verdad y la mentira, propaladas sobre cada apellido; limitándose, como hasta aquí, á indicar reglas y ejemplos para juzgar de todos.

Terminada la reconquista á fines del siglo anterior; iniciada y aun realizada, en el XVI, la

union peninsular; difundida la imprenta, rodeado el mundo, adquirió España caracteres profundamente marcados, que hasta el siglo actual han variado poco. La misma estabilidad se revela en los apellidos; pues, con el establecimiento de libros parroquiales despues del Concilio de Trento, alcanzaron una regularidad de trasmision rara vez quebrantada posteriormente. En vano el orgullo, disfrazado con apariencias de piedad y conveniencias políticas, fundaba mayorazgos, patronatos, monasterios, capellanías, y hasta aniversarios de dos ó tres reales, bajo condicion de usar un determinado apellido y armas; en vano se forjaban y grababan estas sobre el hierro, el bronce y la dura piedra: los edificios han caido; las lápidas sepulcrales se han levantado; el metal se ha vuelto á fundir, y aun los sucesores en las fundaciones, secundados por la indiferencia de los tribunales, han preferido el apellido de sus padres al de un ascendiente ó colateral lejano. Quedan, sin embargo, algunas excepciones; queda averiguar lo que entonces existia; y queda el inmenso trabajo de lidiar con los ge-

neologistas pagados por aquel orgullo, cuando él mismo no se hizo escritor. Y ¡quién sabe! *hecha la ley, hecha la trampa*, dice uno de nuestros profundos refranes; ó, lo que es igual, descubierta la verdad, quedará enseñada á vestir su trage la mentira, cuando haya interés en ello.

A principios de este siglo, y aun por todos los dos tercios primeros de él, continuó bastante generalmente la costumbre de usar diversos apellidos hijos de un mismo padre, especialmente entre mayorazgos, que así podian cumplir cláusulas de las respectivas fundaciones; ó por las hembras, que solian tomar el apellido de la madre. Poco á poco fué limitándose este albedrío á las casas de la grandeza, y..... ¡cosa rara! á los hijos bastardos; como el doctor Galindez, fray Prudencio de Sandoval, y una hija del insigne Cervantes, segun la causa que se le formó en Valladolid, entrando ya el siglo XVII. Pero lo repito: el establecimiento de libros parroquiales, segun lo ordenado por el Concilio de Trento, y con más ó ménos prontitud cumplido, atrajo á su órden y universali-

dad estas, cada día más raras, irregularidades.

Apellidos, y aun nombres, tambien de una ascendencia lejana, de naturaleza, ó meramente de capricho, usaron muchos de los castellanos que pasaron á conquistar ó poblar en América. Así consta por documentos oficiales; entre otros, la lista publicada por Florez de Ocariz, escribano del ayuntamiento de Santa Fé de Bogotá, comprensiva de cuantos entraron primeramente en el nuevo reino de Granada. Allí figuran *Bravo, Cáceres, Higuera, Novillero, Ruano, Sedano, Villalobos y Cegarra*, sin otra expresion. Pedro Rodriguez de Carrion, aunque corrió con este nombre, se llamaba Sancho Mantilla de los Rios, bien que el patronímico de su familia era Rodriguez. Pedro *Ruiz Herrezuelo*, era hermano de padre y madre del oidor Juan *Montaño*, y el alférez general Anton de Olalla tomó, como otros varios, el apellido de su madre.

Pocos apellidos americanos vendrian en trueque, por lo mismo que se extinguieron los moros; pero no faltó un Garci Laso que se apellidase *Inca*, ni descendientes de *Motexuma* que

tomasen por apellido, y no sé si título, este nombre.

Entre tanto motivo de orgullo como entonces habia en España, se comprende fácilmente que á los escritores más sesudos inficionase la vanidad heráldica, compitiendo unos con otros en discurrir simplezas. No merecen otro nombre las etimologías vascuences de Garibay, muchas de Argote, y algunas del buen Ambrosio de Morales. ¿Puede haber cosa más ridícula que la más fácil de saber para Garibay, esto es, el origen de su apellido propio? *Del Trigo*, significa *Garibay* (en el euskaro de Oñate, se entiende, porque allí cada distrito suele tener lengua diversa), y pudo tener un origen tan natural y honroso como los de *Rasura* y *Pan y agua*, en su lugar averiguados como de grandes caballeros. Pero Garibay no se contentó con ménos de una historia donde anduvieran tajos y mandobles á la moda del tiempo, si no por la honra nacional, como el desafío de Barleta, por cosa tan fútil como prender unas reses que hacian daño en un trigo, entablando el heroico diálogo siguiente:—*Date en prenda.*—¿*De qué?*—

—*Del trigo. (Zara bay.—¿Zeren bay?—Gari bay.)* De estas *garambaynas* debió venir el mismo sustantivo, que, según el Diccionario de la Academia, significa «adorno de mal gusto y superfluo.» Y versiones semejantes debieron inspirar al manco de Lepanto su famosa batalla de carneros, adornados con los nombres del Emperador de Trapisonda, la divisa *Miau*, etc.

Ni los eclesiásticos se libraron de tal peste. Entre los papeles del arzobispo de Sevilla, Don Fernando de Valdés, inquisidor general y gobernador interino del reino, se dice haber hallado una genealogía de su linage (también á pretexto de un desafío), donde figuran un infante *Falarando*, el tributo de las cien doncellas, y otras especies que basta nombrar para darlas el lugar que las corresponde. Y Morales..... pero basta; cubramos como los hijos de Noé las inocentadas del padre de nuestra historia. El padre, sí; porque Mariana no es sino el cantor, el retórico, y, si se tiene presente su *plura transcribo quam credo*, el jesuita.

De este mismo espíritu orgulloso, difundido hasta las últimas clases, mantenido por la in-

tolerancia religiosa, y fomentado con el oro de las Indias, nació la muchedumbre de cofradías y gremios con estatutos de no admitir sino á cristianos viejos, ó hidalgos; las pruebas de nobleza, ó limpieza de sangre, para hábitos militares, oficios de inquisición, catedrales, colegios y demás puestos que se tenían por honrosos; en fin, si D. Pablo de Cartagena, ó Fray Alonso de Espina, tardaran un siglo en nacer, ó no se convirtieran, ó, de convertirse, ni el uno fuera obispo de Búrgos, ni el otro hallara tal vez acogida bajo el humilde hábito de San Francisco, para ser martillo de los judíos, sus antiguos correligionarios.

El uso de dos ó más apellidos parece una consecuencia de las pruebas de nobleza, donde se justificaban cuatro ó más abuelos, y se empieza á notar en este siglo. También pudo ser efecto, como hoy, de la necesidad de distinguir personas de un mismo apellido y nombre; pero más verosímil es viniese de la moda linajuda, por imitación de los que poseían varios mayorazgos con obligación de usar otros tantos apellidos: moda que en Portugal hace

poner aún larga sarta de ellos, cuando nosotros nos contentamos ordinariamente con uno.

Que las patrañas tengan alguna vez fundamento, desconocido aun de los mismos que las difunden, tampoco es de olvidar; como en el apellido *Velarde*, que no se halla antes de este siglo XVI, y merece una atención especial en obsequio al héroe del *Dos de Mayo*. Atribúyese el origen, como de otros, á un infante extranjero; y (dejando aparte el infantazgo) si no es el patronímico de Vela (*Velaez*), lo debe ser de Belardo (*Velardez*), levemente alterado por facilidad en la pronunciación, como *Daoiz* no es sino *de Aoiz*. En Cataluña y Francia se pronunciaba *Belart* ó *Balart*, pudiendo muy bien haber venido de allí el tronco de la familia y dar lugar á la tradición de un origen extranjero. En este siglo y siguientes vinieron muchos oficiales y soldados de las guardias tudesca, italiana y walona. Mas para esta introducción, todavía dudosa, ¡cuántas meramente imaginarias, ó inspiradas por adulación á nuestros Reyes de la casa de Austria y Borgoña! ¡Qué desvergüenzas nobiliarias! En esto no se puede ne-

gar la palma á los vascogados, que, como llegaron más tarde á la palestra, y según decía Pulgar, manejaban más la pluma en las cancellerías y covachuelas, que la pica en Italia ó Flandes, se despachaban á su gusto. Recuerdo, entre otros, un *Domenjon Gonzalez de Andía*, simple escribano de Juntas de Guipúzcoa y digno antecesor de los Zamácola y Muñagorri, de quien no sé si en el siglo de que tratamos ó en el anterior, se llegó á propalar que el Rey de Inglaterra le había hecho merced de la *Jarretiera* «para él y sus descendientes.» Concesión inaudita en la misma Inglaterra, donde siempre se ha dado individualmente esta distinguida condecoración á los personajes más elevados, y rarísima vez á soberanos extranjeros. Pero eso no quita: que todavía algún *escribiente* agradecido avanzó un poquito más, hilvanando unos versos en vasconcelo, donde se trata al tal *Domingon* de hermoso, valiente y..... Rey de Guipúzcoa, nada ménos.

Nunca como en el siglo XVII abundaron las obras genealógicas y heráldicas, escritas ya con más arte, y por tanto más dignas de atención

desconfiada. Aleccionados los autores por Morales sobre el único fundamento seguro de toda historia, cuales son las Escrituras y documentos auténticos, especialmente los contemporáneos, sondearon archivos, imprimieron pruebas y trazaron árboles genealógicos. Pero si antes hubo lugar á desconfiar de la palabra, también, después, de la fidelidad en las copias, interpretaciones ó criterio. Graves son las enmiendas, adiciones, omisiones ó interpretaciones violentas de que abundan, especialmente las obras de Pellicer, patriarca y jefe de la escuela. Y lo más gracioso, si no fuera providencial, es que de entre los escritores á gusto del consumidor, salieron los contradictores que, cuando no pusieron en claro la verdad, descubrieron la farsa. El mismo Pellicer, inventor del Cronicon de D. Servando, combatió ardientemente los del P. Roman de la Higuera; y buscando ascendientes ilustres para toda la nobleza titulada, descubria bastante á quien daba con razon ó prendia con alfileres. Sandoval, apreciableísimo cuando publicaba sus historiadores obispos y Reyes, des-

barró lastimosamente al tratar del apellido propio y sus enlaces. Salazar de Castro demostró las inexactitudes de Sandoval, pasando por alto, cuando no admitiendo, otras semejantes; y no hablemos de las controversias entre benedictinos y otras órdenes, clérigos seculares y regulares, si no queremos vernos ahogados en sus terribles infólios.

Propagado el gusto y la imitacion á todas las clases, apenas hubo pleito sobre cualquier mayorazgo de entidad, ó cualquier pique de etiqueta entre ricas corporaciones, que no diese lugar á un Memorial impreso; mereciendo muchos el título de Historias particulares, de pueblos, familias ó personas. Todo es apreciable, en su línea; todo aceptable, á beneficio de inventario y comprobacion. Hasta en las aldeas más remotas, y preferentemente en las de la montaña de Castilla, penetró el furor linajudo; viéndose pobres hidalgos, de los que como Garci Perez de Vargas manejaban alternativamente la espada y la podadera, solicitados por cartas de Títulos nuevos, mercaderes enriquecidos, ó soldados afortunados en alguna lid de

Venus más que en las de Marte, que se decían descendientes de aquel antiguo solar, escuderos de su señor, y muy servidores suyos, á trueque de alguna declaracion ó carta en igual sentido; de algun padron viejo, que mal le habian de andar las manos al escribano cuando no pareciese; ó de algun cargo oficial por el estado de hijosdalgo, fácil de conseguir pagando las fiestas de la eleccion. Luego otros más duchos, al formar el árbol oportuno para ingerir el nuevo vástago, si habia en la familia algun viejo alférez acuchillado en la de San Quintín, le hacian maese de campo; á cualquier escribano, contador mayor de S. M.; y al íntegro corregidor, verdaderamente llamado *de capa y espada*, por no tener otra cosa, virey ó gobernador de alguna provincia lejana.

De entonces principalmente datan las fábulas que hacen llegar cualquier apellido á los reyes godos, ó cuando ménos á D. Pelayo; porque, lanzada la imaginacion sin freno alguno, nadie queria quedar atrás. No se engañaban á sí mismos los que algo entendian del achaque; pero, si otros se colgaban una soberbia ge-

nealogía, como hoy el *Don*, razon tenia cualquiera para no ponerse ménos. Y estaba tan acostumbrado el vulgo, así de manos blancas, como de callosas, á creer milagros caseros, brujas y saludadores, que pasaba complaciente por todo lo que directamente no le importaba. Hoy es el dia en que aún se cree por miles de personas que es fácil descubrir si alguno es judío, porque todos tienen rabo..... así como suena. Ciertamente que buscándole se hallaria lo otro; pero todo estaba envuelto en el misterio con que procedia, y terror que inspiraba el Santo Oficio, no siempre movido por la verdad.

Basta ya de consignar excesos en este sentido, y veamos tambien á cuáles condujo el extremo contrario, especialmente en el siglo XVIII. De la misma aristocracia que pagó y fomentó al establo de Augias genealógico, salió el Hércules que empezó á limpiarlo, porque el sentimiento de la dignidad es más vehemente en quien le acostumbra tener. El marqués de Mondéjar, en sus *Disertaciones Eclesiásticas*, su *Apología* del patronato de San Frutos, en Segovia, y otros escritos semejantes, atacó la raiz

y tipo de todas las ficciones. Una vez aportillado el muro, y desvanecido el prestigio de todo lo que, solamente por hallarse en alta esfera, se creía invulnerable, adelantáronse otros atletas, combatiendo cada uno aquello en que le constaba la falsedad, ó donde le llamaba la afición. D. Nicolás Antonio, examinando libros; Burriel, juntando antiguos documentos; Feijóo, midiéndolo todo con su vasta y prudente crítica; en fin y sobre todos Florez, levantando sobre las ruinas de tanta ficción el grandioso cimiento de la *España Sagrada*, establecieron el ancho cauce de nuestra buena y verdadera historia nacional, que desgraciadamente nadie ha llenado.

Pero lo repito: del exceso nació el exceso contrario, y dió nuevas armas á la mentira para seguir militando con el interés y contra la verdad. Arrastrado Mayans por el ejemplo de Mondéjar, y aun tal vez por alguna exageración de éste en el cómputo de las Eras eclesiásticas, intentó variar de raíz la cronología; demoler, en vez de enmendar, á Mariana; y borrar, ¡capricho valenciano! hasta la memoria del Cid y

de Castilla, para enaltecer la llamada coronilla de Aragon. Esta empresa llenó de gozo al espíritu maquiavélico, que de las divisiones nacionales, comarcanas, locales y aun de familia, hace su Agosto. No faltó un editor para cuantas diatribas se quisieron acumular sobre Mariana, en son de ilustrarle. Tal vez se han atribuido á Mayans, y no eran suyas; por lo ménos, Mondéjar mismo se hubiera hecho cruces de las opiniones contradictorias y absurdas que se le atribuyeron despues en otra obra que se dice suya y coleccionada por Mayans: la Crónica de D. Alfonso VIII que publicó Cerdá. Diríase que los manes de Roman de la Higuera y demás colaboradores que tanto persiguieron á Mariana, por no aceptar los monstruosos abortos de Hauberto, Luitprando, etc., se gozaban en ver confundida, juntamente con sus fábulas, toda historia, toda crítica, todo gusto sano, para que, hecha tabla rasa, quedase algun Numa en disposición de dictar cuanto le pareciese como inspirado del cielo. Masdeu fué la última y más extraña personificación de este espíritu demolidor, pesimista y dictatorial en literatura his-

tórica, que hoy vemos aplicado á todos los demás ramos del saber y del obrar humano. Hundir con la exageracion cuanto á ella se presta; promover la duda, para crear ansia de fé; el exceso, para provocar la reaccion; el abuso, para el cansancio; la falta, para el arrepentimiento, y sacar provecho de todo.

He tocado más extensamente que pensaba esta incidencia, por lo que el conocimiento de los métodos adoptados para esclarecer ó enturbiar nuestra historia puede servir á la de los apellidos. En cuanto á hechos históricos, poco resta de consignar. Algunos apellidos franceses que se naturalizaron en Castilla con la dinastía de Borbon; algunos irlandeses y suizos, arrojados de su país por las vicisitudes políticas ó religiosas, ó por espíritu aventurero; algunas colonias de alemanes en Sierra-Morena: todos son bien pocos, y fáciles de conocer por su estructura; lo mismo que otros ingleses, italianos y de alguna otra nacion, atraídos por el comercio.

Sin embargo, á principios del siglo actual, así como reapareció la España militar y cons-

tante que habia luchado siglos por su nacionalidad é independencia, así se formaron algunos apellidos, ó apodos, semejantes á los que nacieron de nuestras luchas con los moros. *El Empecinado, Longa, el Pastor, D. Julian, el Marquesillo*, fueron tan conocidos y celebrados, en su tiempo, como *el Cid, Machuca, D. Beltran, Guzman el Bueno, Pulgar el de las Hazañas*. *El Empecinado* se sigue usando como apellido de familia, bien que su origen fuera un mote burlesco dado por los pueblos comarcanos á los habitantes de Pesquera de Duero, donde Don Juan Martin, *el Empecinado*, nació. También se llamó *Empecinados*, como en otro tiempo *Almogáraves* y *Golfines*, á los que hacian guerra de partidas, y *Golfín* se mantiene como apellido ilustre.

En nuestros dias se ha introducido, sin saber cómo, un modo de apellidarse las señoras bastante parecido al francés; pero más lógico y conservador de las tradiciones, peculiar nuestro, en fin, castellano; y que muestra cómo pudo fundirse nuestro idioma de elementos diversos, en cuño propio. Consiste en añadir al

apellido familiar el del marido, con la partícula *de*, ó *viuda de*, según los casos. Será de desear se mantenga en la misma forma.

No se puede decir otro tanto de la prosáica uniformidad con que en listas electorales y tributarias se sigue el orden alfabético de los apellidos, suprimiendo las partículas *de*, *la*, *los*, que dan á cada apellido un carácter propio. Adios, con este método, los *Hurtado de Mendoza*, *Ladron de Guevara*, *Fernandez de Córdoba* y demás apellidos compuestos, que tanto brillan en nuestra historia. La generalidad, que busca siempre lo más sencillo, dará la ley en el uso, y volverémos tal vez al punto de partida.

RESÚMEN.

Condensando en breves indicaciones la sustancia de este ensayo, cabe afirmar lo siguiente:

Los apellidos castellanos se generalizaron hácia el siglo X; pero ya eran conocidos desde tiempo inmemorial los de la clase de apodos, que solian hacer veces de nombre, y constan desde un siglo ó dos antes los patronímicos, de origen griego y estructura latina.

En el siglo XI empezaron los apellidos de señorío, fáciles de confundir con los de naturaleza ó vecindad, que tambien se empiezan á notar entonces; por lo que se debe atender á las personas que los usaban y otras circunstancias, para la debida calificación.

En el siglo XII domina todavía el patronímico; pero en la nobleza suele unirse al ape-